

27 *Una vida, UNA NOVELA*

# VITTORIO GASSMAN

UN HOMBRE DOTADO  
PARA EL ARTE  
ESCENICO

\* \* \*

"ARROZ AMARGO"  
Y "ANA" LE DIERON  
A CONOCER

\* \* \*

"SE CASO CONMIGO  
POR INTERES"  
-DIJO SHELLEY  
WINTERS







## ¡De próxima aparición!

**JOAN CRAWFORD.**—Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.

## ¡Están a la venta!

**AUDREY HEPBURN.**—Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



**KIRK DOUGLAS.**—Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la Universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.



## UNA VIDA, UNA NOVELA

# VITTORIO GASSMAN

- ♦ Entró en la Escuela de Arte Dramático para complacer a su madre.
- ♦ Ama el teatro y trabaja en el cine sólo por dinero.
- ♦ Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta».

Volumen n.º 27

de la Colección de Biografías  
«UNA VIDA, UNA NOVELA»



## VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN MONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON
- Núm. 13. — GREGORY PECK
- Núm. 14. — GRACE KELLY
- Núm. 15. — FRANK SINATRA
- Núm. 16. — SILVANA MANGANO
- Núm. 17. — VAN JOHNSON
- Núm. 18. — AVA GARDNER
- Núm. 19. — ALAN LADD
- Núm. 20. — SUSAN HAYWARD
- Núm. 21. — ROBERT TAYLOR
- Núm. 22. — RITA HAYWORTH
- Núm. 23. — TYRONE POWER
- Núm. 24. — JUDY GARLAND
- Núm. 25. — KIRK DUOGLAS
- Núm. 26. — AUDREY HEPBURN
- Núm. 27. — VITTORIO GASSMAN
- Núm. 28. — JOAN CRAWFORD

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

**R**OMA, la ciudad abierta, mirador del mundo europeo; la ciudad eterna; la gran urbe del contraste y la armonía; la ciudad del arte, de las columnas vestigios del gran imperio de los Césares, de los anfiteatros, de los monumentos renacentistas; la ciudad de mármol y piedra; la fantasía del artista convertida en líneas reales; la ciudad iluminada.

Roma, a las diez de la noche, de una calurosa noche del mes de junio; de una noche en que la luna llena extiende su luz intensa sobre las majestuosas ruinas del foro romano e imprime a las viejas piedras reflejos mágicos. Un coche recorre las calles lentamente: en su interior los señores Gassman, matrimonio joven y un niño, Vittorio, su hijo, nacido en Génova el 1 de septiembre de 1918. El niño mira a su alrededor y detiene sus ojos inquisidores en una de aquellas grandiosidades de la Roma Imperial:

—Papá, ¿qué es esto? ¿Dónde estamos? — pregunta el chiquillo de ojos claros y pelo castaño.

—Pasamos ante el foro romano, hijo.

—Pero... parece que se va a caer... — comenta el niño asustado.

El padre, Enrique Gassman, es ingeniero, y al comentario de su hijo sonríe divertido.

—Hace muchos siglos, Vittorio, que parece que se va a caer, y sin embargo nos sobrevivirá a nosotros, a tus hijos y a los hijos de ellos... Es el símbolo de la grandeza de Italia, ¿comprendes?



Bueno, créo que de esto podrá hablarte mejor tu madre, ¿no es así, Luisa? Tú eres de estirpe italiana, de la sin par Florencia.

—Papá... y esa fuente, ¿por qué tiene tantas figuras?

—Esta fuente es barroca; un estilo completamente distinto. ¿Ves ese monumento que se ve allí, hacia el que ahora nos acercamos?

—Sí. ¿Es un palacio?

—Sí, un palacio renacentista, hecho de mármol —explica el padre con entusiasmo. Hace una pausa; es un silencio lleno de admiración hacia todo lo que les rodea, luego dice a su esposa—: He aquí que estamos en Roma. En Roma se tiene que ser artista. Esta es la ciudad en que yo quisiera morir, Luisa.

—¿Quién habla ahora de cosas tan tristes? —dice Luisa, y se estremece al preguntarlo.

—¡Mira, papá! —exclamó Vittorio, admirado ante la fachada de la majestuosa iglesia Santos Cosme y Damián.

—¿Es maravillosa, verdad, Luisa? Tiene los mejores mosaicos de Roma —dijo Enrique Gassman, para distraer a su mujer del pensamiento lúgubre en que él la había sumido.

—¿Viviremos aquí mucho tiempo? —vuelve a interrogar.

—Sí, hijo, hasta que te conviertas en un hombre como tu madre y yo deseamos que seas. Génova te hizo niño y Roma te hará hombre —afirma el padre con cierto énfasis patriarcal.

\*\*\*

Y así fue, en efecto. Roma vio crecer a Vittorio Gassman. Allí comenzó a estudiar, en un colegio de primera enseñanza, y después, ya en un instituto, cursó los estudios de enseñanza media. A Vittorio todo le parecía sencillo y sin complicaciones. Vivía feliz, aunque en él no desapareciera nunca el deseo de saber y preguntar; para estas dudas que a veces le asaltaban, para sus inquietudes y su curiosidad, su padre era su gran maestro. Todo discurría apaciblemente, el carácter de Vittorio se modelaba y definía a medida que transcurrió el tiempo. Iba a comenzar el quinto de bachillerato, estaba en esa edad en que un chiquillo deja de serlo y se convierte en un adolescente; sus ilusiones eran sencillas: montar a caballo, nadar, boxear y atletismo, un gran atleta según propia expresión de sus profesores.

De pronto, todo aquello que parecía fácil y sin complicaciones, todo lo que el muchacho consideraba indestructible, se derrumba bruscamente. Su padre, el ingeniero Enrique Gassman, muere cuando Vittorio tiene quince años, cuando la vida parecía más agradable para él, cuando empezaba a hacerse hombre. Murió en Roma; Vittorio, como en un recuerdo de voces ocultas, evoca en aquellos días tristes las palabras a las que apenas prestó atención hace ya muchos años, cuando llegaron allí procedentes de Génova. Su padre había presentado entonces lo que ocurriría: la fragilidad de la vida. Recordó que en el instituto el profesor de literatura les había explicado, no hacía todavía ni una semana, todos aquellos problemas que plantea la muerte para los que sobreviven. El profesor Pascale comentaba la obra dramática de Sakes-



peare, y citó el famoso «Hamlet», la muerte del padre y la desesperación del príncipe de Dinamarca que termina en la locura. Vittorio pensaba y apenas hizo otra cosa que pensar en los días siguientes a la muerte de su padre; ni tan siquiera recordó el dolor de su madre, hasta que ella, Luisa Gassman, fue hacia él con una voz toda ternura que las lágrimas hacían quebradiza. El muchacho estaba en su habitación, sentado a los pies de la cama, inmóvil.

—Hijo, nos ha sucedido la más grande de las tragedias que podíamos imaginar. Ahora estamos tú y yo solos para seguir por la vida. Tu padre quería para ti lo mejor, no podemos decepcionarle. Tienes que volver a tus estudios.

—Sí, mamá. Había olvidado todo, tu dolor y mis estudios. Desde mañana procuraremos que sea, otra vez nuestra vida como cuando él estaba a nuestro lado —dijo el muchacho lentamente, con una voz que parecía más llena, más trágica, más serena; como si la muerte del padre hubiera contribuido a su propia cristalización; una voz que no hubiera podido superar ni el propio Hamlet del que hablara el profesor Pascuale.

Luisa Gassman se estremeció al escucharle; su hijo ya no era un chiquillo, aquella voz no era la de un chiquillo, era una voz de hombre joven que sufre terriblemente. Acarició suavemente el cabello de su hijo y lo atrajo hacia sí.

Se levantaron los dos y fueron cogidos de la mano hacia el gran ventanal desde el que se divisaba un ángulo de la ciudad. Apenas había gente por la calle; los árboles estaban húmedos por la lluvia, húmedos y sin hojas. Para Vittorio, en su

estado de ánimo, las ramas de los árboles sólo eran una evocación de imágenes tristes y ceremoniosas.

Un reloj cercano dio dos campanadas y Vittorio volvió a la realidad: miró a su madre, joven, de una belleza perfecta y serena, que lloraba con la frente apoyada en el cristal.

—Es ya muy tarde; debemos acostarnos —dijo ella—. Buenas noches, hijo. Mañana tienes que ir a clase.

—Buenas noches, mamá; que descanses... —y cuando ya su madre va a cerrar la puerta, corre hacia ella impulsivamente y añade—: Gracias por haber venido esta noche; estaba inquieto porque te necesitaba, y sin embargo has sido tú la que has venido; perdóname, mamá; he sido egoísta en mi dolor.

—No, Vittorio; las madres siempre sabemos lo que precisan nuestros hijos. Por eso he venido a consolarte.

—En otra ocasión procuraré salirte al encuentro. Buenas noches.

—Que tengas buenos sueños, Vittorio.

A la mañana siguiente regresó al colegio y siguió sus estudios sin ningún contratiempo. Terminado el bachillerato pasó a la Universidad y se matriculó en la Facultad de Derecho; engrosó las filas de los deportistas y pronto se destacó como uno de los mejores. Sus estudios universitarios no eran problema para él y quiso ocupar las tardes en algo. Su madre le aconsejó confidencialmente:

—Cuando tenía tu edad yo pretendía ser actriz, y mis padres no me dejaron; a veces, sin saber por qué, he pensado en ti como una continuación de mí misma, de mis proyectos juveniles, de mis



ilusiones por el teatro; quizá te parezca una obsesión absurda, pero yo quisiera que lo intentases; veo en ti el talento y la prestancia del triunfador.

—Yo voy a ser abogado, mamá —comentó desconcertado él.

—Por eso debes matricularte en la Academia de Arte Dramático. A ti te será todo más fácil: dominas el francés, sabes español y lees alemán; tienes elasticidad de movimiento, una voz cálida y bien timbrada y sensibilidad. Hay muchos actores profesionales, hijo, que darían miles de liras por poseer tus cualidades. Tu apariencia atlética sería el sueño de muchos de ellos. En la Academia aprenderás seguridad y gracia de movimientos, cómo expresarte en tu carrera de leyes. Para convencer, un abogado debe saber dramatizar su caso, así es que... ¿Qué mejor preparación puedes desear?

Vittorio sonrió ante la locuacidad de Luisa Gassman, nunca tan desbordante como en esta ocasión. Todo aquello le parecía un juego y en cierto modo le sorprendía aquella sinceridad ingénua de su madre; asintió sin convencimiento.

—Bueno, mamá; nunca creí que el montar a caballo y ser un buen deportista fuese uno de los mejores ejercicios para ser actor. Pero no te forjes demasiadas ilusiones. ¿Hecho?

—¡De acuerdo, hijo! Ya sé que de momento tus aspiraciones están orientadas hacia las Olimpiadas...

—Es cierto —confesó entusiasmado—. Quisiera ser seleccionado...

Fue seleccionado y asistió a las Olimpiadas con todo el entusiasmo de sus dieciocho años.

Se inscribió en la Academia de Arte Dramático

para complacer a su madre y también «por hacer algo», sin otro interés que el de su curiosidad por todo lo desconocido. Sus primeros ejercicios de declamación fueron una sorpresa para sus profesores y para él mismo; declamar le era fácil, y leer con matices de expresión y silencios contenidos tampoco le era difícil: lo hacía con espontaneidad y sencillez, como si no tuviera que esforzarse.

—Es realmente asombroso, señora Gassman; asombroso de verdad. Parece que cada papel que le damos para estudiar despierta en él un nuevo recurso, un nuevo matiz —dice a su madre el gran crítico D'Amico, presidente de la Academia y primera autoridad teatral italiana.

—¡Tenía tantas esperanzas puestas en él, señor D'Amico...!

\* \* \*

El propio Vittorio llegó a considerar asombroso aquel mundo que le abría sus puertas. Poco a poco el teatro lo atrapaba en las redes que tejía a su alrededor; la admiración de sus compañeros, la satisfacción de sus maestros. En 1942, después de un año de Academia, se presentó a la prueba de fin de curso con «Obra de los harapientos», en el Teatro Argentina, y escala ya un puesto en el mundo de la farándula. Entonces sabe que le será difícil abandonar el teatro. Aquella tarde su nombre resonaba en las butacas con el interés que despierta siempre un nuevo descubrimiento. De regreso a su casa, su madre se miraba en sus ojos feliz.

—Mamá, has ganado. Voy a dejar mis estudios



universitarios; creo que ya no puedo hacer otra cosa que teatro en lo que me resta de vida. Una noche me dijiste que las madres siempre saben lo que precisan sus hijos...

—Sí, y en esta ocasión tú has salido a mi encuentro —interrumpe Luisa Gassman, con un brillo en los ojos que recuerda la mirada del hijo.

—Serás actor, Gassman, serás una sorpresa para Italia —le dijo Silvio D'Amico cuando conoció su decisión.

—Si llego a serlo se lo deberé a mi madre y a usted, profesor.

—La primera beca es para ti, sin ninguna duda.

—Gracias; procuraré ser digno de su confianza.

—Lo sé, Gassman; ahora creeré en ti con serenidad. Y ya sabes que te apoyaré siempre que te lo merezcas y seré duro en mis críticas si no has respondido a las esperanzas de tu madre y las mías propias.

Se entregó por entero al teatro. Estudiaba de tal modo que sus ejercicios interpretativos en la Academia eran una continua superación. Cuando no tenía que estudiar se marchaba al campo, a montar a caballo; desde su infancia le había apasionado y en muchas ocasiones, cuando todavía era un niño, su madre sufrió por alguna posible caída de Vittorio.

En la Academia, entre sus compañeros, Vittorio tenía todas las simpatías. Era el alumno que conseguía hacerse agradable a pesar de ser el número uno; tenía buen carácter y no le gustaban las discusiones.

Eleanora Ricci, una de sus compañeras de clase,

hija y nieta de actores, estaba siempre dispuesta a seguir a Vittorio a donde él quisiera. Hacía casi dos años que se conocían y existía entre ellos una comprensión mutua y una gran atracción.

—Abuelito dice que en el teatro siempre se producen discusiones y guerras por un papel —comentaba ella en una fiesta, cuando Vittorio se la llevó a bailar, molesto por la disputa en que se habían sumido unos cuantos.

—Tu abuelo ha sido un gran actor, ¡el gran Zacconi!; me gustaría conocerle —exclamó él entusiasmado.

—Yo le he hablado de ti... —dijo ella después de unos segundos.

El calla y, en una de las vueltas, la atrae más cerca, levanta su rostro y pregunta en voz baja, cariñosamente:

—¿Qué le has dicho de mí, Nora?

—Que sentías gran afición por el teatro —contesta ruborizada.

—¿Nada más? —insiste él con picardía—. ¿No le has dicho que éramos buenos amigos?

—Pues...

—Yo también he hablado de ti a mi madre —comenta él, mientras cogidos del brazo se dirigen hacia la balaustrada de mármol de la terraza.

Abajo, en el jardín, los compañeros hablan y discuten con un libro de Pirandello sobre la mesa.

—¿No me preguntas qué es lo que he dicho a mamá? —vuelve a hablar él.

Ella no contesta; están en una semioscuridad que da a las palabras un carácter más velado, más íntimo. Vittorio mira a Eleanora, que rehuye suavemente su mirada.



—Nora, quisiera que vinieses a casa, a conocer a mi madre. ¿Tendrías inconveniente en que te presentase como a mi prometida?

Ella sonríe graciosamente y acepta con un movimiento de cabeza.

\* \* \*

En 1943, ya prometido con Eleanora Ricci, llega su primer papel: con Alda Borelli, en «La Enemiga», en el Odeón de Milán, en pleno mes de julio. Vittorio Gassman hizo una verdadera creación y los periódicos hablaron de su labor interpretativa como de algo excepcional. A continuación de su triunfo junto a Alda Borelli, se suceden otros nombres famosos: Merlini y Adani. Vittorio representa un repertorio moderno y brillante. Uno de sus mayores éxitos es «Tres rojos distintos».

En 1944 contrae matrimonio con Eleanora Ricci y después de unos meses van a casa del abuelo de su esposa, Ermete Zacconi. Vittorio está entusiasmado por poder intimar con aquel hombre que fue un gran actor, un maestro.

—Creo que has empezado bien, Vittorio, ¿no es así? —pregunta Zacconi, cordial—. He seguido tu repertorio a través de las críticas periodísticas y te felicito, muchacho. Espero que seas tan buen esposo como buen actor, lo deseo porque amo profundamente a mi nieta.

—Yo también —dice Vittorio, tomando la mano de su esposa con ternura.

—Es un marido excelente —afirma Eleanora—. Pero a veces no puedo evitar el tener celos del teatro.

Zacconi observa detenidamente a Gassman, le atrae el temperamento artístico de aquel muchacho tan prodigiosamente dotado. Tiene una personalidad interesante para el viejo y notable actor. Entre los dos se crea un clima de amistad. Zacconi le contaba obras famosas del repertorio ochocentista y Gassman escuchaba atentamente. Junto a Zacconi, Gassman sentía mayores deseos de superación.

—Creo que no seré un actor hasta que no llegue a los grandes clásicos —comenta, después de haber escuchado una magnífica disertación de Zacconi sobre los inconvenientes y problemas que crean las tragedias griegas—. Sé que todavía no he madurado para llegar a ellos —termina con humildad.

—Siempre hablando de teatro; parece que para vosotros no cuenta el resto del mundo, como si os hubieran cegado las candilejas y no vierais nada más —interviene Nora Ricci.

Eleanora ha hablado sin resentimiento, pero hay un deje extraño en su voz, como de tristeza o amargura mal disimulada.

—Toma, una carta para ti —añade, alargando un sobre cerrado a su marido.

Vittorio lee la carta y su semblante se anima de nuevo:

—Es de Visconti; pregunta si quiero interpretar el «Adamo», de Achard —explica y busca en los ojos de Zacconi una respuesta a la proposición.

—Visconti es un buen director, y el «Adamo» es una obra angular que puede conducirte a los clásicos. Debes aceptar.

Eleanora está nerviosa y sus ojos se humedecen al ver otra vez a los dos hombres ausentes.



—Si en algo puede interesaros mi parecer, creo que habría que tener en cuenta que dentro de un mes y medio vamos a tener un hijo; no creo que sea el momento de irte a hacer teatro.

—Pero, hija —interviene el abuelo—, es una oportunidad única para tu marido.

—Nora —dice con seriedad Vittorio—. Estoy dispuesto a aceptar el contrato que me ofrece Visconti porque creo que es en provecho del porvenir de los dos y de nuestro hijo.

\* \* \*

Vittorio Gassman consigue su primer gran triunfo con el «Adamo». Zacconi no estaba equivocado, cuando va a ver días después a Gassman a su camerino, está allí Visconti haciendo planes:

—Creo que el «Orestes», de Alfieri, será un gran papel para ti —explica Visconti, entrando luego en mil detalles del personaje.

—Vittorio, del «Orestes» a Shakespeare sólo hay un paso —es el comentario de Zacconi.

Y Visconti asiente, preso ya del delirio creador. Y los tres se sumen en ese mundo maravilloso de los proyectos.

En plena temporada de éxitos, Vittorio iniciaba sus sueños de «Hamlet» y su esposa traía al mundo a una nifita a quien se llamó Paola.

—Será actriz, como nosotros —dijo a su esposa.

—No, Vittorio; yo no quiero para mi hija lo que considero que puede ser la causa de nuestra separación.

Eleanora Ricci había tenido un presentimiento

cierto: más tarde, el matrimonio solicitaría el divorcio.

Vittorio, paralelamente a su fracaso matrimonial, asciende triunfalmente en su carrera artística; ya no concibe otro amor que el teatro y no se concede el descanso porque considera que si uno quiere superarse no puede dejar de trabajar. Mientras hace teatro vive en él; ensaya todo el día y presenta las obras por la noche. Cena en el mismo teatro y a veces hasta duerme allí para ensayar de nuevo a la mañana siguiente.

—Aunque sea duro, es el tipo de trabajo que me gusta —confiesa a unos amigos—. Me seduce el olor a polvo de los camerinos, la crema con que me quito el maquillaje, los trajes que he de vestir para salir a escena... ¡todo! Debe ser una tradición teatral que los camerinos sean viejos y polvorientos, porque así son en todas partes...

Vittorio Gassman es solicitado por la radio, para retransmitir una serie de teatro clásico, y llega a ser la emisión más escuchada de Italia. Después se marcha de Italia, es libre y decide emprender una gira por América del Sur; es el primer actor de la compañía. Argentina y Brasil ven con asombro sus actuaciones.

De nuevo Europa: París, en 1948; allí interpreta varias obras de teatro, da recitales de poetas italianos y franceses, entre ellos Mallarmé y Valéry, en el teatro Sarah Bernhardt. Éxitos delirantes en todas sus actuaciones, críticas en que se sostiene que Gassman estaba tan empapado de su profesión que sabía representar el llanto sin sufrir. Y sin embargo, los críticos no le conocen bastante, Vittorio sabe bien el esfuerzo que realiza al expre-



sar el llanto, el dolor, la inquietud y el desánimo en escena; él sabe que recorre un camino inverso al de otros actores que llegan al teatro por vocación o tradición familiar. Vittorio sabe que en él no sucede así; él ha llegado al teatro como entretenimiento y debe superar la profesión para desenterrar la más irresistible arma de guerra: la de la ternura y el dolor; y el esfuerzo que él tiene que realizar es insuperable si se compara al de los otros actores que han hecho su arribo por convicción. Solamente con esfuerzo y con verdadero dolor se lo hace entender al público.

Su regreso a Italia es un delirio; el pueblo italiano tiene fervor por la escena y reverencia como ídolos a los actores de teatro. Gassman escalaba la gloria de los elegidos y su público así quería demostrárselo. Fue a Siracusa a representar «Los Persas»; su fama, que había traspasado las fronteras, hizo congregarse en Siracusa a toda clase de público. Un ilustre actor extranjero, preguntaba admirado y ansioso, después de haber asistido a la representación de «Los Persas»:

—¿Qué hará, Gassman a los cincuenta años? Le he visto hace dos años en París, en los recitales que dio en el Sarah Bernhardt, y también le he visto en el teatro Quirino de Roma. Y es por eso que la pregunta de qué hará dentro de veinte años me zumba y atormenta.

—En Gassman hay la superación de la voluntad —contesta Giuseppe de Santís, productor que tenía la idea de solicitar a Vittorio para la película «Arroz amargo», que iba a rodar—. Edifica cada interpretación con el razonamiento.

\* \* \*

Vittorio, como casi todos los actores de teatro que alcanzan la celebridad, es solicitado por el cine, y consigue su superación con «Arroz amargo», la película en la que encuentra un papel perfecto, y con la que obtiene renombre internacional. Es su primera gran película, junto a Silvana Mangano y Raf Vallone, el mismo trio que interpreta después «Ana», en la que Gassman representa a un personaje cínico, del que consigue una realización perfecta. Vittorio está ya interesado por el cine; todo lo que sea crear personajes es para Gassman lo primero. Empieza a soñar con Hollywood y la ocasión se le presenta de la forma más inesperada, casi puede afirmarse que el salto a Hollywood se presenta para él en forma de mujer, una mujer para quien el cine lo es todo. Simpática, atrayente, de boca bien dibujada, ojos claros, pelo corto, rubio y rizado, nariz perfecta y una sonrisa que atrajo al actor italiano desde el primer momento. La mujer se llama Shelley Winters de nacionalidad americana, que ha sabido interpretar un papel realmente difícil en «Llama un desconocido». Es como una fuerza interna, casi ancestral, la que impulsa a Shelley y Gassman para que se conozcan, se admiren y se unan. Dos mundos, el teatro y el cine, Europa y América; dos voluntades firmes, dos seres que saben a dónde van y por qué, dos temperamentos voluntariosos, dos mentalidades distintas. En Shelley todo es nuevo, su vitalidad, su arte, su temperamento; en Gassman, la ambición de llegar más allá, de demostrar su temperamento, su cultura europea; su



deseo de concentrarse en medio del mayor bullicio y aprender, sea lo que sea; idiomas, historia, política, literatura, deportes, llegar hasta el interior del mundo de las ideas de los grandes hombres, la música clásica y moderna... La de él es una personalidad compleja que aspira incluso a escribir un libro y hacer poesías; la de Shelley Winters una personalidad en la que el cine lo es todo, que trabaja más por humanidad e instinto que por técnica, una personalidad representativa del Nuevo Continente, más joven y simple. Ahora, después de reposados los acontecimientos, después de que ese idilio romántico ha dejado de ser presente, de apasionar a los titulares de los periódicos, cuando forma parte del pasado y se analiza con serenidad, parece que al afirmar que Vittorio Gassman y Shelley Winters se sintieron unidos por un amor sincero, se trata de confirmar algo ininteligible. Es como si se afirmara: «... y se hizo el milagro y se amaron como cualquier mortal...»; sin pensar que creaban un clima inestable, mágico, que tenía que acabar ya desde un principio, que era forzoso que finalizase apenas forjado.

Vittorio y Shelley se conocieron en Roma, en el Teatro Valle, durante una representación de ballet. La atracción entre los dos resultó fulminante. Se vieron, sonrieron, y media hora más tarde planeaban la mejor forma de pasar juntos los pocos días que Shelley estaría en Italia. Hablaban poco. Ni Vittorio sabía inglés ni Shelley italiano. Vittorio admiraba el trabajo cinematográfico de ella.

—Vi tu interpretación junto a Ronald Colman en «Doble vida»; realmente fue extraordinaria.

Shelley no comprendía exactamente las palabras

de Vittorio, pero sonreía complacida cuando él hablaba.

—Mañana iré a buscarte temprano y recorreremos todos los lugares turísticos de Roma. No podemos perder ni un solo minuto.

—De acuerdo, Vittorio. Estaré preparada a las diez.

Le mostró todo lo admirable que posee Roma. El era un buen cicerón. Junto a las ruinas del Coliseum, sentados, Shelley, con los zapatos en la mano, rieron de su propio cansancio; Shelley había querido recorrer aquellos lugares a pie y ahora sufrían las consecuencias.

—Me gusta mucho tu Roma — comentó ella sonriente.

—No, Shelley, ésta no es mi Roma. Esta es la de todo el mundo civilizado; la mía te la enseñaré esta noche, y mañana, y todos los días, hasta que regreses a Hollywood. Ha sido providencial que nos encontremos. Nunca imaginé que América guardase esta sorpresa tan grata para mí. ¿Prometes dedicarme todas tus horas en Roma, Shelley? — preguntó después de un silencio, apretando con fuerza su mano.

—Sí, Vittorio; yo tampoco te sabía aquí — contestó ella.

Mientras duró su estancia en Roma, Vittorio no se apartó de Shelley. Comían juntos, bailaban, se contemplaban...

—Shelley, ¿has sido feliz? — preguntó él la noche anterior a la marcha de la actriz americana.

—Sí, Vittorio — contestó ella, soñadora.

El detuvo el coche y la contempló unos instantes. Luego habló lentamente, como lo hacía siempre



que se dirigía a ella, procurando que las sílabas se distinguiesen y a Shelley le fuese más fácil comprender lo poquísimo que él conocía de inglés:

—Quisiera eternizar estos momentos; que ya no tuviésemos que separarnos. Hollywood está demasiado lejos... Si yo pudiese filmar allí, sería diferente...

—Yo puedo acercarte a Hollywood, Vittorio — insinuó ella graciosamente—. Puedo conseguir un contrato para los Estudios...

—¡Sería maravilloso! —exclamó él entusiasmado—. Estar cerca de ti...

Ella sonrió sin saber qué decir, no sabía cómo expresar que también para ella el hecho de estar cerca de él era una pura delicia. El la miró. Los labios de Shelley eran una tentación que se veía incapaz de resistir. Después, permanecieron uno junto a otro, en la carretera, en un abrazo suave y acariciador.

—Shelley, estoy enamorado de ti. ¡Te quiero, Shelley!

Y ella, que comprendió con toda claridad la frase universal, tornó a sonreír y dijo su casi única frase italiana:

—Sí, Vittorio...

Y le rodeó con sus brazos para expresarle también su cariño, que no tenía frases.

\* \* \*

Shelley Winters partió hacia Hollywood al día siguiente, donde debía filmar una película con Joseph Cotten, y le prometió conseguir un contrato para él con la mayor rapidez posible. Los dos

estaban impacientes por encontrarse de nuevo. Mientras, se prometieron mutuamente aprender el idioma del otro.

Una vez en Hollywood Shelley contrató a un agente de publicidad para Gassman. Habló de él en los Estudios, repitió una y mil veces que Vittorio era uno de los más grandes actores de nuestro tiempo. Entre ellos, conferencias, telegramas, cartas y promesas de amor. Y por último, después de unos meses, Shelley y sus padres firman las declaraciones juradas que permiten al actor italiano su entrada en los Estados Unidos. Vittorio Gassman y Shelley Winters esperan con impaciencia el momento de reunirse. En el aeropuerto, el encuentro reaviva entre los dos su fugaz enamoramiento, y parece que ya no puedan vivir el uno sin el otro.

—Shelley, estoy enamorado de ti, cada día más. Es preciso que nos casemos cuanto antes —dice impetuosamente Vittorio, en un inglés mezcla de italiano que ella se esfuerza en comprender.

—¿No me comprendes, querida? ¡Oh! Es necesario que aprenda el inglés con rapidez. Tenemos derecho a hablar y comprendernos como todo el mundo —se desespera Vittorio.

Un jefe de la Metro le enseña una fórmula que le facilite el conocimiento del idioma:

—Coja todos los días un periódico y tome diez palabras cuya significación ignore; estúdielas hasta conocerlas en sus menores significados y en cualquier forma que se usaran.

—Con lo cual no aprenderé sólo diez palabras, ¿no es así? —preguntó divertido.

—Por supuesto, aprenderá mucho más —contes-



tó, y añadió: —Usted tiene la ventaja de que ya ha estudiado inglés.

—Sí, pero necesito mucha práctica...

Al poco tiempo, Shelley pudo darle una buena noticia.

—¡Vittorio! He conseguido de Dore Schary que te haga las pruebas mañana mismo...

—¡Magnífico, querida! —exclamó el actor.

Dore Schary le hizo las pruebas y se entusiasmó con los resultados. El contrato fue redactado bajo tales condiciones por parte del actor italiano, que la misma Shelley afirmó convencida:

—Es un contrato sin precedentes.

—Yo no lo hubiera firmado de otra forma —aclaró él, después de estampar al pie del documento su firma—. Mi vida es el teatro, el cine me gusta y estaré satisfecho de trabajar aquí durante seis meses, pero también en Italia me espera mi público y a él me debo sin condiciones. Ahora, el hecho de poder pasar seis meses junto a ti me parece un sueño —terminó mirando a la mujer que tenía junto a él.

Vittorio comenzó a filmar. Sus mayores éxitos fueron «La muralla de cristal» y «Sombrero». Su vida en Hollywood era realmente mucho más lucrativa que en Italia, y ni un solo momento de su tiempo libre se apartaba de Shelley, con quien ya estaba prometido. Juntos se exhibían por todo Hollywood y, a pesar de las diferencias que forzosamente debían existir entre ellos, parecían la pareja más compenetrada de la ciudad del cine.

En abril de 1952 se casaron. Ya sus medios de expresión eran más comprensibles; Vittorio Gassman había hecho grandes progresos en el idioma

de su esposa y, sin embargo, aquello que podía suponer un mayor lazo de unión, producía efectos totalmente distintos. Parecía que su primera desilusión surgiese precisamente al tener que decirse ternezas en un idioma que no era el suyo propio. Esta fue la causa secundaria del enfriamiento del amor en Shelley y Vittorio; la principal radicó en la personalidad y temperamento de la estrella americana, que no aceptaba muchas de las exigencias de su marido.

—Vittorio, debes arreglar tu contrato; no me resisto a que pasemos seis meses al año distanciados —le dijo.

—Pero, querida, tú sabes que yo no puedo abandonar mi arte; eres tú la que debes seguirme a Italia; es lo lógico.

—Yo también me debo a mi arte, que para mí es tan importante como pueda serlo el tuyo.

—Shelley, no quiero discutir contigo sobre cine y teatro; lo hemos hecho mil veces, sin llegar a entendernos. Es preciso que comprendas mi posición igual que yo trato de entender la tuya. Yo quiero que vengas conmigo a Italia y tú quieres hacer cine en América; de acuerdo, pasaremos seis meses separados y luego nos reuniremos nuevamente. Piénsalo bien y comprenderás que mi solución es la mejor de las dos.

—Yo no quiero que nos separemos. Es demasiado reciente nuestro amor para exponerlo a una separación tan larga. ¡No lo quiero, Vittorio! —ya casi gritaba ella, presa de una excitación nerviosa.

A Vittorio le molestaba discutir; era una de las facetas de su carácter, y las lágrimas y sollozos de su mujer no le gustaban. El también se dejó



llevar de los nervios, la voz autoritaria de Shelley le producía incomodidad, y no cuidó demasiado sus palabras cuando se dirigió a ella.

—Shelley, deja de llorar, me molesta esta situación y esta discusión ridícula. Llevas las cosas a un extremo absurdo; tú no quieres acompañarme por el cine, y yo no puedo ni quiero quedarme estos seis meses aquí. Motivos más importantes que los tuyos imperan en esta decisión. Voy a marcharme a Italia y quiero que comprendas que no me gusta que me hables así. Una esposa italiana, por principio, tiene pocos derechos sobre su marido y las actividades de éste.

—Ya ha salido lo de siempre. Estoy cansada de oírte lo mismo, las mujeres italianas... ¡yo no lo soy! Lo sabías desde el primer día, y nunca podré reaccionar como lo haría una de tus compatriotas. Nuestra capacidad de sumisión es mucho más restringida y no concibo la vida en común de otra manera —dijo Shelley, con una seguridad que a Vittorio le excitaba los nervios.

Así continuaron las cosas. Vittorio Gassman se fue a Italia y ella se quedó en Hollywood. Después de seis meses, él regresó y fue a vivir con su esposa. Mientras estuvieron separados sostenían largas conferencias casi diariamente. Vittorio filmó en Hollywood «Cry of the Hunted». Regresó a Italia con la gran ilusión de presentar «Hamlet» otra vez. Todavía recordaba el éxito abrumador conseguido el año anterior con la misma obra. Se había convertido en director de la compañía y la admiración del público aumentaba al ver su gran esfuerzo por hacer resurgir aspectos del teatro clásico dormidos durante treinta años. Hacía jiras por Italia y sus

obras favoritas eran «Hamlet», «Romeo y Julieta», «Otelo» y «Los Espectros» de Ibsen. En Italia había rodado también otras películas: «La hija del capitán» y «El judío errante».

Shelley, ante la premura de su maternidad, llamó a Vittorio por teléfono:

—El médico dice que puedo ir a Roma...

—Shelley, es mejor que no vengas. Tengo importantes compromisos artísticos y en la situación en que te encuentras yo estaré más tranquilo si están tus padres a tu lado...

La hija de Gassman nació en Estados Unidos, el 14 de febrero de 1953; a él no se le anunció hasta tres días después, porque los médicos estaban convencidos de que la niña no viviría. Vittorio recibió la noticia mientras actuaba en un teatro de Trieste.

—Vittorio, ven en seguida —decía la voz débil de su esposa—. Si te das prisa podrás ver a la niña con vida. Yo también necesito que estés cerca de mí; las cosas no han ido bien y estoy realmente enferma...

—Pero, querida, no podría abandonar el teatro ahora; no sabría cómo justificar una acción así ante el público italiano y ante mis compañeros; no sería posible cerrar la compañía y dejar a mis treinta compañeros de teatro sin trabajo.

Esperó en vano que Shelley dijese algo; sólo llegó a través de los hilos como un sollozo contenido.

—Shelley, yo también estoy preocupado por ti y por mi hija —continuó, emocionado, cariñosamente—. Espero con ansiedad resolver esto de la mejor manera posible y volver a vuestro lado. No me tengas sin noticias. Mañana por la mañana te



llamaré —y como siguiera sin obtener respuesta, terminó, ante la voz apremiante del traspunte que le llamaba a escena: —Adiós, querida, tengo que salir a escena; cuidaros mucho; mañana te llamaré. ¡Hasta mañana, amor mío!

Esperó a que Shelley dijese por lo menos «adiós», pero sólo llegó la voz monótona de la telefonista: «Ha terminado su conferencia, señor. Cuelgue, por favor.»

Afortunadamente, Shelley Winters tenía una constitución fuerte y también la niña, a quien llamó Vittoria «porque amaba a su padre», confesó la esposa.

Gassman volvió a Estados Unidos cuando la niña tenía once semanas. Shelley había sufrido y su reacción al encontrarse frente a su marido, pasado el primer momento de emoción en que puso a la niña en sus brazos, fue recriminarle su abandono. Habían circulado noticias sobre un posible idilio de su esposo y su primera actriz: Ana M. Ferrero. Discutieron y él terminó:

—Mejor será que nos divorciemos si no estás dispuesta a darme cierta libertad.

—Yo deseo para Vittoria un padre y un hogar, parece que no quieres entender mis palabras... —protestó ella.

Lase discusiones se repetían con mayor frecuencia. Gassman, en Hollywood, filmó «Rapsodia», con Elizabeth Taylor, y regresó a Italia. Shelley y Vittoria se quedaron en Estados Unidos. Hubo un último intento de salvar el matrimonio. Fue con motivo del rodaje de «Mambo». Ponti-di-Laurentis ofreció un papel a Shelley; ella trabajaría con su esposo, con Silvana Mangano y Michael

Rennie. A Shelley le pagaban los gastos de viaje de ella, de la niña y de una nurse. Gassman se opuso con decisión al viaje de la niña. Con esto el divorcio se hizo inevitable. Shelley se dirigió a Génova. Había oído hablar de la actuación de su esposo en «Hamlet» y de la compenetración artística del actor con Ana María Ferrero, que representaba a «Ofelia». Y quería convencerse de la verdad de aquellas relaciones. Cuando terminó la representación y habló con él en el camerino, no pudo detener su impulso y una violenta discusión se entabló entre los dos.

—¡...! ¡Y tu genial interpretación de «Hamlet» es la quintaesencia de la mediocridad! —dijo Shelley, dando a continuación un portazo.

Días más tarde Shelley decidió divorciarse.

—Esta situación es insostenible. No puedo soportar ni un momento más las llamadas telefónicas de la madre y el agente de la Ferrero.

Shelley sorprendió a la Prensa con una invitación a una conferencia en los salones del Hotel Hessler, en Roma. Apareció emocionada, con la voz entrecortada por el rencor, por su amor propio ofendido y por la tristeza; tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Acabo de realizar una comunicación con California para pedir a Jerry Geisler, mi abogado, que inicie la demanda de divorcio.

—¿A qué se debe este naufragio conyugal? —preguntó uno de los periodistas.

—Mi marido es una especie de monstruo calculador y egoísta. Cuando conocí a Vittorio no era más que un completo desconocido —declaró la estrella, con la respiración entrecortada—, y ahora



que me divorcio de él le dejo convertido en un astro internacional con un ventajoso contrato en Hollywood por siete años. Se casó conmigo para dar un impulso a su carrera y no por amor. El odia sentir gratitud por nadie y prefiere olvidar a quienes le ayudaron. Ahora ya no me necesita. Completaré mi trabajo en «Mambo», tratando de tener el menor contacto posible con él. Haré todo lo posible para que mi hija conozca y ame a su padre. Tarde o temprano él destrozaría su corazón. He tomado esta decisión porque sé que él, durante todo el año pasado sólo vio dos veces a su primera hija. Yo creo que un padre debe dedicar todo su tiempo libre a sus hijos. Por otra parte estoy convencida de que puedo encontrar un hombre que sea mejor esposo y que tome sobre sí la responsabilidad de ser padre. Pido cinco mil dólares anuales para Vittoria, hasta que cumpla dieciocho años, es decir, noventa y tres mil dólares, y quiero su pago por adelantado, porque no creo que Vittorio vuelva a los Estados Unidos. Quizá exija otra condición, y es que él se comprometa a casarse con la chica de diecisiete años que le acompaña en «Hamlet», porque ella es una muchacha dulce y un ser humano, no un juguete.

Siguió una pausa, que Shelley aprovechó para secarse los ojos; después, más calmada, terminó:

—Debo decir que en este difícil momento de mi vida, mis padres y mis amigos han sido muy cariñosos conmigo, y a todos les estoy muy agradecida. Si esta declaración mía parece amarga es porque he dado a Vittorio Gassman una carrera en los Estados Unidos, y él no se ha portado conmigo como debe hacerlo un buen esposo.

La estrella había sido muy dura con su marido, pero su actitud era comprensible por la crisis en que se encontraba.

Vittorio se vio obligado a contestar a estas declaraciones que sólo podían ser perjudiciales para él y para terceras personas. Desde Milán envió su réplica:

—Pueden darse varias razones para justificar la conducta de mi esposa. La conozco como una mujer de sobresaliente inteligencia, por lo que deduzco que ha hablado en un estado de excitación rayano en la locura. Difícilmente pueden compararse una mujer italiana y una norteamericana —explica Vittorio en su entrevista—. En Estados Unidos las mujeres son leales, valientes, trabajadoras, pero con una personalidad voluntariosa y un definido deseo de dominio. Así descubrí un poco tarde que Shelley tenía un genio violento y un ansia irresistible de dominio. Es decir, una manera de ser casi igual a la mía; pero no siempre dos personalidades gemelas se soportan. Nuestro deseo de separación es mutuo. Pero examinemos los motivos de nuestras diferencias. Primero: Si no estuviera inquieto diría que la estipulación de mi esposa de que debo casarme con Ana María Ferrero es cómica. Debo repetir una vez más, aunque la gente parezca no creerme, que mi relación con la joven actriz es sólo profesional. He sido profundamente herido por la absurda intención de mi esposa de oponerse a mis derechos sobre mi hija y de buscar otro padre para ella; no renunciaré a mis derechos como padre ni jamás faltaré a mis deberes como tal. Es cierto que no acudí a los Estados Unidos cuando nació Vittoria, pero también es cierto que



nació a los siete meses, dos meses antes de lo esperado, lo que también trastornó mis planes. Siempre he considerado la actividad filmica como una fuente de recursos altamente remunerativa y es bien conocido mi verdadero amor por el teatro. Fui a los Estados Unidos porque estaba enamorado de una mujer que iba a ser mi esposa, no buscaba un contrato cinematográfico, ya que seis años antes había sido solicitado por Hollywood y no quise aceptar. No pienso abandonar los contratos que tengo por siete años. Tenía diferencias artísticas con mi mujer porque ella ama las películas y sólo las películas. Haré todo lo que la ley requiera por mi hija, y no renunciaré a ninguno de mis derechos sobre ella.

Por último los tribunales de Santa Mónica concedieron el divorcio. Shelley Winters había ganado la causa; ella había declarado que Vittorio le había acusado de ser «temperalmente incapaz para el matrimonio», y obtuvo la custodia de su hija Vittoria Gina.

\* \* \*

Es la hora del almuerzo. En el Estudio se filma «Mambo». Vittorio Gassman trabaja allí junto a su ex esposa. El actor habla a una periodista de sus dos hijas, y emociona el cariño con que lo hace:

—Me gustaría que Paola fuera actriz, pero es una niña de gustos muy definidos. Me asegura que jamás ingresará en el teatro, porque no soporta que los actores tengan que usar maquillaje para presentarse ante el público. Pero puede ser que

cambie de opinión — dice sonriente —. Por algo es mujer...

Ahora, en espera de partir para Hollywood, vive solo en Roma, a pocos pasos de la Via Nomentana, con la única compañía de su madre que sufre por su soledad. Allí hace su vida. Sus salidas son para trasladarse en su automóvil rojo al teatro. La casa está rodeada de una viña, como una muralla, y Vittorio, en su interior, sueña todavía con un fantástico viaje, que hace ya unos años quiso realizar; alrededor del mundo, con un gran circo ecuestre. Busca el silencio y la serenidad y se inhibe de todo lo demás allí, en su propia casa, en una especie de reducto acorazado de libros; trabaja allí, y trabaja seriamente, en la cima de una escalera o sentado en el suelo con montones de libros a su alrededor; sólo sale de su abstracción, de su ensimismamiento, para contemplar dos fotografías que tiene sobre la mesa; son dos fotografías femeninas que destacan alegres entre aquellas hileras de libros: Paola, la hija italiana, y Vittoria, la hija americana; tal vez las dos únicas criaturas que hacen sonreír al actor con paz y serenidad. Y la sonrisa de Vittorio Gassman, al fijarse en las niñas, está repleta de una ternura infinita y melancólica. Son la alegría del presente y el recuerdo de un pasado en que ellas todavía estaban en el mundo de la nada. Y parece que las niñas cobren vida desde su marco para poner su mano fresca e infantil sobre la frente ardorosa del padre.



## Así es VITTORIO GASSMAN

Después de sus primeros triunfos en los Estados Unidos, Vittorio entró un día en el célebre «Stork Club», pero se encontró con que no había mesas disponibles. Un amigo le aconsejó:

—Diles quién eres, y verás como te hacen sitio.

—Es que... —replicó el actor—. Si tengo que decirles quién soy, es que no soy nadie.

\*\*\*

Sucedió en una reunión de casados, a la que asistían hombres solos. De pronto Vittorio dijo:

—Pues mi esposa es la mujer más admirable del mundo.

Un murmullo de protesta se elevó entre los demás. Pero el marido feliz —esto acontecía antes de su primer divorcio— agregó sin inmutarse:

—Y ésta no es sólo mi opinión; ella piensa lo mismo.



# án a la venta!

...RLAND. — La historia de una actriz que estuvo a punto de destruir su carrera al no saber dominar el nerviosismo ni controlar la excitación producida por unos comienzos demasiado rápidos. Un agente de publicidad se enamoró de ella cuando ya se la consideraba una estrella perdida, consiguiendo colocarla de nuevo en el puesto que ocupó en los Estudios.



ROBERT TAYLOR.— Comenzó a ganarse la vida como componente de un trío musical, pero el destino decidió ser benévolo con él. Su carrera cinematográfica ha sido fácil y rápida. Durante once años fue feliz al lado de Barbara Stanwyck. No obstante, el matrimonio se deshizo inesperadamente. Ursula Thiess, una actriz alemana poco conocida, es su segunda esposa.





## TITULOS EN PRENSA



RAF VALLONE

Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista, crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo. En la actualidad, puede considerársele como uno de los actores más cultos y completos.

INGRID BERGMAN

La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».



JAMES STEWART

Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

BETTY HUTTON

Dinámica, emprendedora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idilios desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera artística.

